

Aproximación a la kinésica de los rarámuri

ÁNGEL ACUÑA DELGADO*

El movimiento inteligente o movimiento pensado del cuerpo constituye una faceta más de la cultura: Mauss acuñó el término “técnicas del cuerpo”, poniendo de relieve: “[...] la forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional”; Birdwhistell concibió la idea de interpretar los comportamientos corporales y gestuales como medios de comunicación con la ayuda de la lingüística, denominando a su disciplina kinesia, y Merleau-Ponty definió la “motricidad” como la “intencionalidad operante surgida de la corporeidad y portadora de cultura”.¹

Es lícito plantear la cuestión de la sociabilidad de nuestro cuerpo, puesto que la cultura tiende a modelarlo, a formarlo, más exactamente a dar a nuestro cuerpo una determinada hechura de conformidad con las exigencias normativas de la sociedad en que vivimos.

* Universidad de Granada.

¹ Marcel Mauss, “Técnicas y movimientos corporales”, en *Journal of Psychologie*, vol. XXXII, núms. 3-4, marzo-abril de 1936; este artículo tuvo como base una conferencia, impartida en mayo de 1934 en la Sociedad de Psicología, posteriormente reimpreso en Marcel Mauss, *Sociología y antropología*, 1979, p. 337; Ray Birdwhistell, *Introduction to Kinesics*, 1952; Maurice Merleau-Ponty, *Signos*, 1966.

Esta estructuración social del cuerpo, por una parte afecta a toda nuestra actividad más inmediata y aparentemente más natural (nuestras posturas, actitudes, o movimientos más espontáneos) y, por otra parte, es el resultado no sólo de la educación propiamente dicha sino también de la simple imitación o adaptación. El esquema corporal o conciencia estimativa del cuerpo es primeramente un producto social, y sería un error tomar lo orgánico por la totalidad de lo corporal.

En el presente trabajo ofrecemos los resultados parciales de un proceso de investigación que centró la atención en el estudio de un modelo de sociedad amerindia con una estrategia adaptativa peculiar, a través de los significados que se derivan de su corporeidad. La sociedad rarámuri, circunscrita territorialmente en la sierra Tarahumara del estado de Chihuahua (México), con el amplio despliegue de recursos corporales y motrices que la caracterizan, será la protagonista.

Apoyado en una metodología estrictamente etnográfica, basada en once meses de trabajo de campo entre 2001 y 2005, pretendemos aquí una aproximación kinésica (no una penetración a fondo, dado el elevado número de categorías tratadas) al estudio del cuerpo en movimiento en la sociedad rarámuri. Describiremos aspectos como el desarrollo físico, los desplazamientos, las posturas corporales, el uso y la percepción del espacio y el tiempo, y algunos factores comunicativos no verbales (saludo, tacto, expresión facial, mirada), a fin de observar cómo hacer coherente el sentido práctico y simbólico de las citadas técnicas corporales o contingencias motrices pertenecientes a esta sociedad, en base al papel que juega el contexto en donde se ubica, entendido éste en amplios sentidos: histórico, ecológico, social, cultural e interétnico.

Por otro lado, y aunque el principal valor de este trabajo sea el aporte de datos etnográficos de primera mano, los conceptos teórico-metodológicos que sirven de soporte reflexivo han sido obtenidos de distintos ámbitos. La "etnomotricidad" o etnología de la motricidad constituye aquí el primer punto de referencia, apoyada en los planteamientos de Mauss sobre las técnicas del cuerpo, y en la idea de que el cuerpo se alimenta, se conserva, se presenta, y por tanto se normaliza culturalmente, siendo el principal instrumento de nuestra acción y percepción. Por antigua que parezca, no ha perdido vigencia la célebre frase de Protágoras (480-410 a.C.) al decir que "el cuerpo es la medida de todas las cosas".

A través de la etnomotricidad podemos conseguir no sólo el conocimiento de la variedad intercultural, sino también intracultural, permitiendo el contraste y la comparación del cuerpo en movimiento y, en consecuencia, la configuración de mapas motrices diferenciales en función de diversas variables como el entorno físico, el género, la edad, el estatus social, etcétera.

Muy próximo al concepto de etnomotricidad se halla el de “praxiología motriz”, acuñado por Parlebas para designar la “ciencia de la acción motriz y especialmente de las condiciones, modos de funcionamiento y resultados de su desarrollo”. Disciplina que estudia la lógica interna de las acciones, su eficacia, tanto a nivel material como simbólico. De ella derivan conceptos útiles para el análisis como el de “costo de la acción”, identificado como el motor de la acción por ser el valor o precio de adquisición que mueve al sujeto a actuar. También el concepto de “performance” es importante, dado que la eficacia de las acciones debe contar con la capacidad de ejecución que se posea, condicionada siempre por diversas variables, tanto intrínsecas (edad, sexo, etcétera) como extrínsecas (estatus, historia, entorno). Asimismo, son utilizados los conceptos de “paradigmático” y “sintagmático”, el primero centrado en las acciones sustitutivas y el segundo en la secuencia de acciones sucesivas.²

La “kinesia” iniciada por Birdwhistell para descifrar el lenguaje corporal, se complementa con la proxémica desarrollada por Hall para analizar el uso y percepción del espacio social y personal; disciplina tenida en cuenta también en este trabajo para entender mejor los distintos tipos de espacios y distancias interactivas empleadas por los rarámuri.³

La noción de “habitus” en relación con el cuerpo, expresada por Bourdieu como costumbres y actitudes adquiridas que subyacen y condicionan las formas de pensar, sentir y actuar de las personas, es igualmente importante tenerla en cuenta en trabajos de estas características; al igual que la de *embodiment* o “encarnación”, entendida como enraizamiento a través de la costumbre, como marca corporal resultado de la exposición permanente a los mismos estímulos culturales.⁴

² Pierre Parlebas, *Juegos, deporte y sociedad. Léxico de praxiología motriz*, 2001.

³ Edward T. Hall, *La dimensión oculta*, 1962.

⁴ Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, 1991.

Además de los conceptos teórico-metodológicos citados, hemos aplicado la “perspectiva macro y microdimensional de la interacción humana” en relación con la corporeidad y motricidad. Los mismos comportamientos corporales han sido observados sistemáticamente, siempre que fue posible, en el ámbito público y en el privado, a fin de apreciar posibles cambios de sentido. Esta doble perspectiva sirve también como dimensiones susceptibles de explicar global o parcialmente una determinada contingencia cultural. Así, pues, estuvimos atentos a esa “dualidad estructural” de Giddens,⁵ situándonos además en el espacio vacío e interconectado que existe entre lo macro y lo micro.

Por otro lado, aunque este trabajo de investigación se centra fundamentalmente en el análisis sincrónico y actualizado de la construcción sociocultural del cuerpo dentro de la sociedad rarámuri, no hemos descartado la perspectiva histórica en el estudio de las contingencias motrices. En esa línea conjugamos lo “sincrónico” con lo “diacrónico” a fin de encontrar ecos del pasado que aclaresen mejor el presente. La perspectiva “etic”, la visión propia del investigador, la conjugamos con la “emic”, punto de vista nativo, y junto con la “contextualización” de los datos ofrecemos pruebas para mostrar cómo un pueblo organiza su cultura en torno al cuerpo, y cómo a través del movimiento es capaz de reproducirla evocando su propia estructura en las maneras de sentir, pensar y obrar.

Desarrollo físico

El ejercicio corporal continuado hace que en general los rarámuri residentes en la Tarahumara estén “físicamente” muy bien preparados. La resistencia es de las “cualidades” más sobresalientes, mostrándose en diversos órdenes de la vida cotidiana y festiva; se aprecia en las carreras tradicionales de bola y *ariweta*,⁶ en el transporte de pesadas cargas durante tiempo prolongado, en el trabajo continuo con el hacha, así como a la hora de tomar *tesgüino* (cerveza

⁵ Anthony Giddens, “Agency, Institution and Time-Space Analysis”, en K. Knorr y A.V. Cicourel (eds.), *Advances in Social Theory and Methodology. Toward an Integration of Micro and Macro-sociologies*, 1981.

⁶ Carreras de resistencia en la que los hombres realizan el recorrido lanzando con el pie una bola de madera de unos 8 cm de diámetro, y las mujeres con una vara sujeta a la mano lanzan un aro de entre 5 y 15 cm.

tradicional de maíz) durante varios días consecutivos, permanecer despiertos en la velada, soportar el intenso frío invernal, o las hambrunas cuando aparecen. El rarámuri se hace en la resistencia y la perseverancia, la cual constituye un importante valor social. La fuerza es igualmente notable; a pesar de su aspecto, a veces enjuto, pueden echarse a la espalda costales de maíz de 70 u 80 kg, transportarlos durante cientos de metros y subir los peldaños de la canoa (escalera de madera) para dejarlos almacenados en la troje o el silo. La fuerza, no obstante, es más apreciable en las piernas y el tronco, para subir, bajar pesos o transportarlos, que en los brazos para levantarlos. Hace más de cien años, Lumholtz hacía ya referencia a estas cualidades en su relato:

Los niños duermen perfectamente sobre la espalda de sus madres, sin ningún abrigo que les proteja la cabeza del ardiente sol del verano. Análoga resistencia muestran a los rigores del frío. [...] En realidad, no sienten el dolor en el mismo grado que nosotros. [...] No son tan fuertes para levantar pesos, como para cargarlos. [...] Un tarahumar muy enteco y desmedrado llevó a la espalda 226 libras (102 kilogramos), aunque trotando con alguna dificultad [...]

Su resistencia es verdaderamente fenomenal. Un fornido joven llevó una carga como de cien libras de Carichic a Batopilas, a distancia como de 110 millas, en sesenta horas. Mientras van caminando con sus cargas, no comen sino pinole, tomándolo en pequeñas cantidades a intervalos frecuentes.⁷

Es destacable la agilidad con que se mueven, la rapidez y flexibilidad con que lo hacen. Se observa en la destreza con que corre la niña tras las chivas a campo traviesa por el monte, sorteando piedras y demás obstáculos con soltura; en la rapidez con que bajan los niños por un barranco de camino al río para bañarse, sin resbalar con las barbas de los pinos depositadas en el suelo; en la facilidad con que una madre se levanta del suelo para sujetar algún objeto o sentarse en él con el bebé sobre su espalda o en sus brazos, manteniendo sus piernas flexionadas a un lado y el tronco recto; o en la rapidez y precisión con que se reacciona a veces para responder a algún estímulo. Todas estas cualidades se desarrollan de manera espontánea, sin entrenamiento sistemático y deliberado, el modo de vida así lo impone.

El “trabajo” del hombre está relacionado con la producción y abastecimiento; ara o rotura la tierra en febrero, siembra en abril,

⁷ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, 1994[1902], p. 238.

deshierba y cuida la milpa entre junio y julio, despunta los tallos de maíz en septiembre, cosecha entre octubre o noviembre, y almacena el cereal entre noviembre y diciembre. Asimismo, cambia de lugar los corrales de chivas para producir el abono natural (estiércol) de la tierra en marzo y abril. Durante todo el año hace un uso permanente del hacha para abastecerse de leña, lo cual implica un fuerte gasto calórico. También se encarga de construir o reparar la vivienda familiar, la troje para el grano, y los corrales para el ganado. Así relata un anciano rarámuri (*chérame*) de Basigochi sus ocupaciones laborales y las herramientas y enseres que usaba en su época joven:

Aprendí a cultivar la tierra desde chiquito, antes se usaba azadón (metálico), mi papá me enseñó cómo jalar y barbechar también, arar con bueyes así, con 12 años por ahí aprendí. [...] Yo también he ayudado a la tierra de otro. Ahora que no puedo barbechar me ayuda el marido de mi hija A., ya que R. no tiene ahora marido, antes sí le ayudaba.

Se barbecha en enero y se siembra en mayo, mientras tanto se volea el maíz quitándole todo lo inservible, se escarda la tierra. En esos tres meses las mujeres hacían canastos o huaris para buscar maíz, y se descansa, no hay otra actividad, en septiembre se cosecha, mientras el maíz crece se descansa un mes.

[...] El arado de antes era de palo, ahora casi no lo usan la gente, también el azadón, otro instrumento era como tipo daga pero de palo, sólo la punta que hincaba en el suelo para meter en el suelo era de fierro, se llama *huicaca*, primero se escardaba con el azadón y luego con el *huicaca* (tipo barra) se metía la semilla.

[...] Cuando era chico cuidaba los animales por el monte. Cada día sobre las nueve tiraba con mis papás al monte para cuidar los animales, cayendo el sol llegaba a mi casa y llegaba al corral para darles maíz, y así crecí cuidando chivas y vacas. [...]

[...] La vivienda la hacía yo, era de piedra las paredes y el techo con tablas que se sacaban de los troncos de árboles. Mi papá hacía casa de pura piedra, la más tradicional y más segura. Las de troncos solo, tenía el peligro de incendiarse. Las de adobe hace poco que se sacaron, a lo mejor sí había antes pero no se veían. Era pura piedra. [...]

[...] Para las chivas se hacían corrales con cercas de pino. Los corrales se trasladaban de un lugar a otro y en el mismo sitio se sembraba, sobre el terreno de cultivo se colocan los corrales.

[...] Para guardar el maíz se hacían silos llamados trojas levantados del suelo para protegerlos de los ratones, aún así entraban pero menos.

(Como utensilios para la casa) [...] pura olla de barro y cuchara de palo para cocinar. No cualquiera sabe hacer olla. Todos los utensilios eran de barro y de madera. [...]

(Textil) [...] se utilizaba el algodón para hacer vestidos en el telar, antes todo era de lana de borrego, ahora ya no se hace, sólo la faja. (De fibras vegetales) [...] se hacían cabuyas para atar. [...] del cuero de animales se hacían como mochilas para transportar en burro, antes todo se transportaba en mulo.

[...] El arco y la flecha y la lanza grande se empleaban para cazar venados, ardillas, conejos. Con flechas he cazado venado, y cuando no tenía cazaba con piedras. Cazaba venados siguiendo su huella, huellando, corriendo atrás de él hasta alcanzarlo, ayudado con los perros que seguían el rastro, antes había perros buenos para cazar, ahora no, sólo saben ladrar, alguno sólo hay que cace. (Entrevista con B.L., 22-11-02).

La caza es igualmente tarea del hombre, aunque en la actualidad sea una actividad reducida y el uso de la escopeta haya desplazado algunas prácticas cinegéticas como la captura de venados por persecución a la carrera, con las que demostraban tener una excelente condición física; todavía en la actualidad llegan a veces noticias de capturarse alguno de estos animales con este agotador procedimiento. Ocampo escribía lo siguiente a propósito de la caza del venado por persecución:

Las nieves del invierno convidan al tarahumar a un ejercicio recreativo y lucrativo a la vez. Trátase de vencer en la carrera a los ligerísimos venados para capturarlos una vez vencidos. Con la nieve se halla luego la huella del animal y por lo helado del suelo la tierna pezuña del animal no tarda en caérsele; corre aún dos leguas a lo más y cae de ordinario desfallecido en un arroyo, donde los jarazos y las piedras acaban con su vida. En un invierno hay quien caza de este modo tres o cuatro y algunos, hasta ocho y diez venados. [...] Es el tarahumar andador por excelencia.⁸

El trabajo propio de la mujer está relacionado por su parte con la reproducción, las tareas domésticas de alimentación e higiene, y el pastoreo. Junto con la lactancia, son las madres quienes están en estrecho contacto con sus bebés hasta que dan los primeros pasos y aún hasta los tres o cuatro primeros años de vida; las mujeres preparan la comida, lavan la ropa en el río y limpian la casa; asimismo son niñas o mujeres quienes en mayor medida cuidan durante todo el año los rebaños de chivas en los paseos por el monte en busca de alimentos para regresar cada día al lugar de residencia. También la mujer participa con el hombre en la pizca o cosecha del maíz y en

⁸ Manuel Ocampo, *Historia de la Misión Tarahumara (1900-1965)*, 1966, p. 25.

su desgrane; y ambos recolectan, llegado el momento: quelites, plantas y frutos silvestres (mayo, junio, julio), o duraznos y manzanas (septiembre y octubre). En definitiva, la adaptación al entorno exige un uso continuado del cuerpo para satisfacer las necesidades vitales, por lo que el buen desarrollo de sus capacidades físicas, y especialmente las ya citadas (resistencia, fuerza y agilidad) constituye una garantía para la subsistencia en la Tarahumara; así como el reparto de funciones en razón al género posibilita una mayor *performance* en el ejercicio de las tareas cotidianas.

En lo que respecta a la “ocupación del tiempo libre”, los hombres disponen de él por lo común en mayor medida que las mujeres. En los días o momentos de asueto, son hombres los que observamos reunidos entre sí jugando al quince o al cuatro, siempre con apuesta. Mujeres y hombres dedican mucho tiempo, sin que nadie los distraiga o interrumpa, a la contemplación del paisaje, pero mientras el hombre pierde su mirada en el horizonte por tiempo prolongado, la mujer no puede abstraerse por tanto rato al tener que atender a la criatura que habitualmente la acompaña. De igual modo, en la ocupación del tiempo social y festivo, durante las tertulias de mujeres en el transcurso de una *tesgüinada*, conjugan la conversación y libación con el cuidado de sus bebés, mientras los hombres se hallan liberados de esa responsabilidad, entregándose con más facilidad al trago, al responder solamente de ellos mismos. De otra manera, si no tiene criatura que cuidar es frecuente ver a la mujer durante el tiempo de fiesta ocupada en la elaboración de tortillas de maíz, o cocinando pozole o *tónare*, sin perjuicio de tomar *tesgüino* y conversar con sus compañeras, casi siempre haciendo más de una cosa al mismo tiempo.

Desplazamientos

El “caminar” *rarámuri* es de ordinario rápido y seguro, con el tronco erguido, zancada corta y elevada cadencia del paso. No obstante, las formas son variadas según el propósito perseguido y la edad del caminante. Entre las personas mayores, ya sean hombres o mujeres, se camina generalmente lento o a un ritmo moderado cuando se viaja de una a otra rancharía; normalmente se carga una bolsa de red o tela sobre el hombro o en la mano, o algún bulto más o menos pesado en la espalda, las mujeres lo hacen con su bebé;

para compensar esa carga trasera el cuerpo se inclina en mayor o menor grado hacia adelante. Cuando se pasea por el interior de la ranchería o en tiempo de fiesta el caminar es más pausado. El cuerpo se lleva erguido y la cabeza alta con mirada al frente o a los lados durante una larga travesía. Cuando se cruza en el camino un hombre y una mujer, la mirada baja al suelo sobre todo en la mujer que expresa más timidez; también baja al suelo al cruzarse personas desconocidas.

En las subidas muy pronunciadas que hay en la barranca suelen apoyar más la punta de los pies que la planta, manteniendo una ligera genuflexión en el estiramiento de las piernas que da el efecto de amortiguar el paso; el cuerpo produce un vaivén característico de sube-baja que hace más suave el ascenso ininterrumpido o casi ininterrumpido, sin que se produzcan apenas pausas o descansos. La flexión-extensión alternativa de piernas se hace con ritmo, sin perder la cadencia del movimiento; y los brazos, caídos abajo, se balancean ligeramente a uno y otro lado acompañando el pequeño giro de hombros. En la subida, el cuerpo se inclina algo hacia adelante, mientras en la bajada se coloca recto y echado atrás para frenar la inercia, al tiempo que se pisa más de planta y con cuidado. En cualquier caso, el apoyo de pies lo hacen siempre sobre superficies sólidas y estables (suelo firme, piedra, tocón de madera) para no resbalar, así caminan con la máxima eficacia, tranquilos, sin prisas y sin malgastar energía.

Los gemelos de las pantorrillas se notan muy desarrollados debido al apoyo continuado de la punta de los pies en los desplazamientos de subida. Los pies son bastante gruesos, tanto los dedos como la planta y el empeine, largos y con tobillo ancho, lo cual favorece la estabilidad y el equilibrio. Por la fortaleza que tiene, es muy difícil ver que una persona se tuerza el tobillo, acostumbrada a llevarlo al descubierto, sin ninguna protección, al caminar con huarache por terrenos pedregosos e irregulares.

Los jóvenes de ambos sexos no sólo caminan más rápido que los mayores sino que también se desplazan corriendo con bola o *ariweta* en las visitas a rancherías para así hacer más entretenido el recorrido, con el aliciente añadido de la apuesta por ver quién gana. La lógica interna del desplazamiento no sólo obedece así al objetivo (producto final) de llegar al punto de destino, sino también a la diversión que se desprende de su desarrollo (proceso). Además de la marcha a pie, no son frecuentes (a diario) otras formas de despla-

miento en el espacio.⁹ No es usual la natación, ni la trepa a los árboles, aunque eventualmente se produzca. Una descripción de la forma de caminar, así como de trepar, la encontramos en Lumholtz, quien escribe:

Balancen bien el cuerpo y andan con enérgico continente, moviendo los brazos, sentando con firmeza los pies con los dedos generalmente juntos. Así se deslizan suavemente con rápido paso, llevando el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, sin ladearse en ningún sentido y vueltas hacia atrás las palmas de las manos.

Trepan a los árboles abrazándose, como nosotros, del tronco; pero efectúan el ascenso a saltos, para lo cual, naturalmente, no sujetan el árbol con las piernas tanto como nosotros. Para andar echan adelante los brazos de un lado y otro. Apuntan con la mano abierta o empujando los labios y alzando la cabeza a la vez hacia la dirección que señalan.¹⁰

Los largos recorridos se miden o calculan por el tiempo empleado, de modo que para indicar a alguien la distancia que hay de una ranhería a otra se señala al sol y marca una línea en el cielo con la trayectoria que seguirá durante ese recorrido, lo que podemos traducir aproximadamente en horas de tiempo. Por otro lado, también se usa la sombra que un objeto o uno mismo proyecta para hacer un cálculo estimativo de la hora del día. Distancias menores sobre el terreno nos cuentan que se miden por talonamiento, contando pasos y colocando marcas. Y de distinta manera, otro tipo de medidas se hacen con los brazos: un brazo estirado hacia el lado mide aproximadamente un metro desde el extremo de los dedos hasta el pecho. Como procedimiento de orientación espacial durante una prolongada caminata no se usan de referencia los puntos cardinales, usados eso sí en la práctica ritual, las referencias las toman de las características propias del terreno: cerros, arroyos, ríos, grandes árboles, etcétera, sirven de indicadores. La práctica de caminar largos recorridos es algo generalizado entre los rarámuri, y no se halla exenta

⁹ Los rarámuri deben trasladarse de la sierra Tarahumara a las ciudades vecinas para diversificar sus estrategias económicas, para lo cual suelen viajar en transporte público o conseguir *raite* o *aventón* para ir a Guachochi, Parral, Chihuahua o Ciudad Cuauhtémoc. En todo caso, las personas no acostumbradas a viajar en camión o autobús es normal que se mareen cuando utilizan estos medios de transporte. Ocurre con rarámuri y mestizos, niños y mayores.

¹⁰ Carl Lumholtz, *op. cit.*, p. 235.

de dificultades y temores. Así lo aprecia un caminante experimentado:

Antes se caminaba mucho, yo iba hasta Guachochi, Batopilas, Tónachi, muchas veces, yo he caminado lejos, dos días hasta Batopilas. Llevaba una cobija de lana y así pasaba la noche. Temprano se va uno y camina todo el día, llevaba pinole y un poquito sal y agua. Antes no había ladrones, nunca había esos que matan a uno cuando va uno caminando, los que andan robando. Antes era menos peligroso para ir de noche y también de día, como hay mucha gente que te puede asaltar, antes no había nadie. [...]

No me asusto cuando camino solo, era muchacho nuevo cuando me mandaron y me perdí, pero no me asusto. Mi padre me mandaba ir a sitios y yo caminaba y a veces corría, yo corría con bola por los caminos, o tocaba el tambor en Semana Santa cuando caminaba (Entrevista con B.L., 22-11-02).

Posturas corporales

Una “postura” muy usada por el hombre para el descanso es en cuclillas, con los glúteos casi rozando el suelo y las piernas totalmente flexionadas con los pies apoyados de planta, manteniendo el equilibrio o bien con la espalda sobre una superficie sólida; así puede permanecer cómodamente durante horas. También puede sentarse sobre algún objeto elevado del suelo: una banqueta, silla, tronco, leño, piedra o muro, dejando las piernas en un ángulo más o menos recto. La mujer en cambio se sienta en el suelo con las dos piernas flexionadas hacia un lado, un pie sobre el otro y la espalda bien recta. A nivel del suelo las mujeres tienen más amplitud para moverse con las criaturas que de ordinario cargan, siendo un espacio cómodo para girar a uno y otro lado, apoyar objetos, etcétera. Es inusual ver a mujeres sentadas en una silla y la falta de costumbre hace que se encuentren incómodas y cansadas cuando por determinadas circunstancias (por ejemplo viajar en los asientos de un vehículo) han de permanecer así por un tiempo prolongado.

También resulta común, más en hombres que en mujeres, descansar de pie, parados sobre el sitio, en posición estática, prácticamente inmóvil. Es esa una posición muy propia de los varones, podríamos decir paradigmática, posición que le permite otear el horizonte a larga distancia y mantenerse alerta para reaccionar ante

cualquier estímulo del exterior.¹¹ La quietud caracteriza la postura, lo cual aparenta un acusado estado de calma y paz interior; esa posición estática, además de ser cómoda para pensar, reflexionar o dejar la mente en blanco, permite a su vez ahorrar energía, disminuir al máximo el gasto calórico del metabolismo, circunstancia importante cuando escasean los alimentos.¹² No resulta normal ver a un rarámuri medio tumbado en actitud perezosa, a excepción de lo que ocurre en las *tesgiinadas* donde la embriaguez hace posible adoptar cualquier posición (tumbado completamente, recostado y apoyado sobre el codo en el suelo, encogido o acurrucado sobre el suelo y junto al fuego, echado encima de otra persona, etcétera), a veces de lo más inverosímil.¹³

Para “dormir” prefieren los lugares duros y planos, aunque no les incomoda mucho que el piso sea irregular y quebrado; allí colocan algún aislante, un cartón, una cobija o unas pieles de vaca o de venado donde echarse, sin cobertura en verano y con varias cobijas en invierno, de almohada bien pueden poner un leño, y pronto agarran el sueño. A veces cuando el cuerpo está muy cansado observamos posiciones muy peculiares para dormir, tales como de pie con el cuerpo recto, o tumbado de costado con la cabeza al aire sin apoyo, manteniéndola recta sin que se ladee, posición muy usual en las *tesgiinadas* o en las veladas nocturnas, cuando el sueño puede con uno; sólo un cuello fuerte puede sostener la cabeza de esa manera sin necesidad de apoyos, aunque no deja de ser también una cuestión de costumbre, dado que los niños pequeños acostum-

¹¹ Cabe pensar, en razón al sentido práctico, que la posición de parado (en pie) del hombre, por la mayor visión que le permite obtener del horizonte, esté en sintonía con sus tradicionales roles de cazador y protector de la familia; mientras la de sentada sobre el suelo en la mujer lo esté con su papel maternal, por la comodidad que ello implica en el ejercicio de dicha tarea.

¹² De acuerdo con el testimonio de Jaime Miralles, médico dentista de Guadalajara que desde hace más de una década presta sus servicios, junto con su equipo de colaboradores, dos semanas al año en distintas comunidades de la Tarahumara, un rarámuri le definió en una ocasión “el hambre” como “esperar que salga el sol y salir de la casa para quedarse quietecitos y calentarse”. Destacando así, la necesidad de recibir los rayos de sol, a falta de otra fuente de energía, y moverse lo menos posible para evitar gastar la poca que se tiene en tiempos de hambruna.

¹³ En una ocasión dentro del contexto de una *tesgiinada* observamos a un rarámuri descansando recostado de espalda sobre la pared de una vivienda y a su vez inclinado hacia su lado derecho formando un ángulo de unos 45°, así se mantuvo durante diez o más minutos hasta que el aumento de su inclinación hizo que diera con el cuerpo en el suelo, donde permaneció tumbado e inmóvil durmiendo la borrachera.

bran ir dormidos sobre la espalda de su madre con la cabeza ladeada, muchas veces sin apoyo. “Así dormimos nosotros”, “es que no sabes dormir”, nos dicen. Habitualmente se duerme con el fogón de la casa encendido o con una hoguera prendida que se reavivará regularmente si se pernocta a la intemperie.

Los tiempos modernos, no obstante, han introducido la cama o catre y el colchón de gomaespuma o de muelles en muchas viviendas con notable aceptación. De dormir sobre el suelo en superficie dura se pasa a dormir en lugar elevado a unos 40 o 50 cm. del suelo y en blando. Asimismo la cobija de lana que acostumbraba servir de cobertura está siendo desplazada progresivamente por la de poliéster, más ligera y económica.¹⁴

Una característica que marca la imagen rarámuri es precisamente la elegancia que muestran en cualquier “posición” en que se encuentren, ya sea en movimiento o estático, agachado o de pie, solo o acompañado. El tronco erguido y equilibrado, las piernas semiseparadas en actitud de espera, los brazos caídos, la cabeza alta, mirada al frente, directa, serena, sin complejos y con seguridad, dan al cuerpo una estética y un porte especial que los distingue. La estampa habitual de ver a dos o tres mujeres sentadas en una roca, al borde de un cañón, en silencio y con la mirada perdida en el horizonte, o la de un hombre solitario de pie en semejante lugar, ensimismado en sus pensamientos o en la nada, atrae irresistiblemente la atención de cualquier observador que sepa ver el grado de dignidad que se desprende del porte. Cuando los más ancianos dicen, al referirse a algunos de los suyos: “ese niño se ha criado con *chabochis*” (con blancos) o “se ha educado en la escuela” sólo les ha hecho falta verlo parado, de pie y a distancia; el porte es en sí mismo un signo de identidad, no cualquiera se para como lo hace un rarámuri y es por ello que en el sencillo acto de estar quieto durante un cierto tiempo se puede apreciar en la persona cómo le ha marcado la influencia exterior. Y si ya observan el comportamiento en su conjunto, las pistas son fáciles de detectar: de una niña o niño bullicioso o falto de iniciativa se oye decir: “la escuela lo descompuso”. Un fuerte apretón de mano o un abrazo es también una señal

¹⁴ Tradicionalmente, con motivo de las fiestas se llevaban las cobijas de lana para protegerse del frío, envolviéndose en ella por la noche, pero por su elevado peso y costo en su elaboración ha sido sustituida por la manta acrílica, más cómoda de transportar y fácil de conseguir.

inequívoca de cambio cultural.¹⁵ Es el costo de la acción, la consecuencia que trae consigo el cambio de un gesto tradicional por otro nuevo que lo desplaza supone una modificación sustantiva del sentido.

El cambio social y cultural se deja sentir en la postura de algunos jóvenes que caminan encorvados, balanceando el cuerpo a los lados con desdén, actitudes que se han copiado en las visitas a la ciudad o se han visto a través del televisor, como últimos resortes de un proceso histórico y social de cambio capitalista y globalizador¹⁶ iniciado hace más de cien años, a partir de la explotación minera y forestal. La escuela constituye en muchos casos un poderoso agente de aculturación, la disciplina y el espíritu patriótico que se le trata de transmitir a los niños y niñas provoca en ellos un cambio de actitud que se refleja en el cuerpo; el cuerpo es asimismo el medio utilizado para alienarlos, para castigarlos, para adiestrarlos en la obediencia más estricta. Incluso en las fiestas realizadas dentro del ámbito escolar, donde se supone todo debería girar en torno a la diversión, se observa con claridad el retraimiento y falta de iniciativa de los pequeños. En la piñata que se partió con motivo de la Virgen de Guadalupe en el colegio-internado de la comunidad de Tehuerichi, los casi cien niños y niñas allí reunidos permanecieron durante más de una hora al sol, de pie y alineados en formación militar, siendo llamados en silencio uno a uno para probar suerte; también mantuvieron la formación en los márgenes de la cancha de baloncesto para ver actuar a los dos equipos enfrentados, aplaudiendo o respondiendo todos a la vez a cada indicación o llamada de la maestra rarámuri, que en ese caso hacía más de sargento, mandando firme, media vuelta, a cubrirse, y descanso, cada vez que las filas se desordenaban ligeramente (día divertido para los maestros).

¹⁵ "Afortunadamente no fui a la escuela para que no me cambiaran", "aprendí a leer y escribir solo". Son frases pronunciadas por un rarámuri de Naweachi de unos 60 años, consciente de la carga ideológica y de valores que se transmiten a través de la escuela. Le interesaba conocer la técnica de leer y escribir como vehículo eficaz de comunicación, al igual que a hablar "castilla", pero al margen del artificio técnico, deseaba seguir fiel a su tradición.

¹⁶ El 19 de noviembre de 2003 asistimos en Norogachi a un memorable evento que sin duda abrirá de par en par la ventana al mundo global a los niños y niñas rarámuri que residen en el internado escolar. El gobernador del estado de Chihuahua acompañó al presidente de Televisa en el acto inaugural del "Aula de Comunicación", subvencionada por esta última institución y compuesta, entre otros materiales, de diez equipos informáticos de computadoras y una impresora, con conexión a Internet vía satélite.

Para el aniversario de la Revolución mexicana, en Norogachi los maestros de la escuela pública ponen a desfilar a los niños mestizos y rarámuri durante más de un mes para que ensayen el paso (un, dos, tres, cuatro, vuelta, a cubrirse, firmes, mirada al frente, media vuelta), a veces son niñas las que hacen de capitanes dirigiendo al grupo, y además se ensaya una tabla de gimnasia sincronizada con la voz que ordena. Se prepara a los niños y niñas para que den muestras de obediencia y uniformidad, expresándose así el espíritu patriótico. El orden, la disciplina, el espíritu castrense y patriótico se imponen a través de sus propios cuerpos, cuerpos cautivos y controlados por alguien que tiene asignado el papel de ser superior; el ejercicio físico se impone así como un eficaz instrumento de alienación. Las nuevas generaciones que pasan por estas situaciones escolares, privados de libertad y forzados a obedecer, sienten la huella en sus cuerpos, cultivados en la sumisión y el retraimiento. Es el precio que las familias rarámuri pagan por asegurarles a sus hijos el techo y los alimentos que se ofrecen en los internados escolares; así lo entienden también los maestros al despedir a los niños al final de una temporada escolar diciéndoles como argumento persuasivo para hacerlos regresar, que “aquí hay comida y casa para dormir y no pasar frío”. Reflexiones parecidas se aprecian en el siguiente relato ofrecido por un rarámuri, buen observador de esta realidad:

En la escuela el niño no desarrolla la libertad, el niño tiene que hacer lo que el maestro está pensando, fórmate, saluda, haz tu tarea, ya pierde esa libertad el niño, ya tienen otra mentalidad. Los ancianos dicen que la escuela no sirve para formar los niños, más bien es para sacarlos de nuestra cultura y cuando regresan a la comunidad no quieren ser rarámuri, la escuela los cambió. El niño muy chiquito desde que entra en la escuela se le acaba la libertad. Hay cambios de comportamiento, los rarámuri no usan las manos para hablar pero los que andan en la escuela sí lo hacen, porque lo aprenden del maestro, y gritan para hablar, la gente rarámuri no es bulliciosa y a los no rarámuri los conocemos porque gritan para hablar, para la gente rarámuri una persona que grita no está educada pues, los ancianos los conocen bien y dicen: ese muchacho estuvo en la escuela, por la manera de comportarse, de hablar, gritan no hablan, dicen, y la manera como se conducen en la sociedad, los ancianos lo notan muy bien, ese muchacho estuvo en la escuela, “la escuela lo descompuso”, dicen. A los ancianos les oigo decir que “ese niño no tiene iniciativa”, siempre están esperando a que se les diga qué tienen que hacer, cómo trabajar, porque están acostumbrados a que se les diga, el rarámuri hace sin que se le

diga nada, porque se fija en sus mayores cómo se hacen los trabajos, el niño que no ha estado en la escuela se pone a barbechar sin que se le diga, ha visto al vecino hacerlo, el que sí ha estado no sabe, sí se nota en eso también. Pero el muchacho que ha estado en la escuela no ve muy bien al que no ha estado en la escuela, lo considera inferior porque el otro no sabe leer, los ancianos dicen que ahí está la diferencia en el ser humano, en que “uno dice que no sabe y hace creer al otro que no sabe”, “el hombre es por lo que es, no por lo que sabe o por lo que hace” [...] Los que van a la escuela quieren ser como el maestro, o quien sale quiere ser como son los mestizos. Se aprecia bien el cambio de comportamientos en los rarámuri que han pasado por el colegio o han estado en la ciudad, traen reloj y no saben decir la hora, no conocen los números pero ahí lo traen, le pregunto eso para qué es, y me dice, pues no sé pero ahí lo traigo (Entrevista con J.G., 15-12-03).

Uso y percepción del espacio y el tiempo

Desde un punto de vista proxémico, existe en la cultura rarámuri, como en cualquier otra, al menos “tres tipos de espacio”: uno fijo que se frecuenta a diario y en torno al cual las personas hacen sus vidas, como es la casa, la milpa, o el pastizal del monte; otro semifijo al que se acude de manera periódica, como es la iglesia, el atrio o las casas de parientes y amigos; y otro informal que estaría formado por el resto del ambiente por el que en mayor o menor grado se transita.

La casa está constituida por el espacio de madera, adobe o piedra, de dimensión reducida (en torno a 16 m² por término medio), sin divisiones internas, en donde se encuentra el calentón, la cama, los enseres de cocina, la ropa, etcétera. También hay familias que dividen el espacio interior de mayor amplitud en dos o más compartimentos: dormitorio/s, sala de estar-cocina, cuarto para el *tesgüino*, según el número de miembros que la integren. Al espacio cubierto o casa propiamente dicha hay que añadirle un patio, zona llana y barrida rodeada con un seto de piedras o valla de palos o alambres, el cual forma parte del ámbito privado donde nadie ajeno a él puede entrar sin permiso. La casa es el espacio fijo de la familia donde ésta hace vida en común, sólo sus miembros pueden entrar y salir sin llamar o avisar. Los enseres en la casa suelen estar ordenados, o al menos ocupar una posición fija, todos saben ubicar el lugar de la ropa, de las ollas, las tortillas, el pinole, el agua, etcétera. Suele haber una ventanita pequeña, frecuentemente con cristal in-

corporado, que junto con la puerta son las únicas entradas de luz, y de ventilación esta última. En temporada de frío o de lluvias es cuando más tiempo se pasa en su interior, ya que en tiempo soleado y cálido es normal dormir también fuera de ella. La casa sirve de refugio y protección ante las inclemencias meteorológicas, sin embargo, el concepto es preciso hacerlo más extensivo y unirle no sólo el patio sino también la milpa y el pastizal próximo donde se lleva al ganado, ya que todo en conjunto forma parte del espacio vital, donde de manera continua la familia desarrolla la vida.

La milpa, junto con el terreno de pastura y ramaseo de los animales pueden reconocerse en unos casos como hijos, y en otros como semifijos, según sea transitado o no a diario por algún miembro de la familia (la niña va con las chivas, el padre va a la milpa). Generalmente se halla junto a la vivienda, siendo así una extensión de ella, aunque hay situaciones en las que están separadas a cierta distancia. Son apreciables las numerosas cercas de piedras, troncos y más recientemente alambre que existen por todo el campo, demarcando el territorio familiar; algunos rarámuri consideran que se trata de una práctica llevada a cabo por imitación de lo que hacen los mestizos, quienes expresan así su mayor celo o preocupación por preservar la propiedad privada; pero hay también quienes manifiestan que es una práctica tradicional con al menos doscientos años, y una manera adecuada para evitar los conflictos que surgen entre las familias por la posesión de la tierra. Así lo expresa uno de nuestros interlocutores:

Tanto la casa como la tierra tiene clara delimitación, aunque no tenga vallas vas a ver montones de piedras que algunas de ellas tienen puestas 200 años allí, pasan de generación en generación. Esta tierra que yo estoy trabajando porque en parte la recibí de mi padre y en parte de un tío, abuelo, en fin, y yo mismo amplíé, pues ahora entre mis hijos la voy a dividir, y la forma de dividir es, estando los hijos juntos, yo pongo estas tres piedras aquí y de aquí para acá va a ser para Fulano, y de acá para acá va a ser para Sutano, y [...] eso son cosas que vas a ver en todos los ranchos, la delimitación la conoce la gente por tradición oral y por los montones de piedra, si tú ves una tierra sin cerco y no la conoces vas a saber que no debes usar esas tierras, no, esas no, porque tiene un montón de piedras y son de alguien, pero no tiene ningún tipo de cerco. Y a propósito de la tierra son de los asuntos más recurrentes de juicio [...]

Pasar por la tierra de otro no entraña problema, lo que sí es problemático es no dejar tránsito para los animales, en cualquier paso de una rancharía a otra o hacia el agua tiene que haber paso libre que no afecte el tránsito, cerco

ni nada, algunas personas que cerca sus tierras y cierra la vereda hay juicio inmediato, o que le tapa el acceso al agua, al ganado, también hay juicio inmediato [...] (Entrevista con C.V., 02-06-05).

El terreno de pastura y ramaseo es coyuntural, se transita hoy por aquí y mañana por allí en función de lo que haya, lo que se va agotando se abandona para ir a nuevos terrenos, variando continuamente, unas veces toca ir más cerca y otras más lejos. Son las niñas quienes ordinariamente se encargan del pastoreo, también las jóvenes y las mamás. Las vacas se dejan sueltas y se visitan de vez en cuando; los cerdos quedan totalmente libres, al igual que las gallinas, regresando ambos al atardecer para dormir en el corral propio.

Por otro lado, la iglesia constituye uno de los espacios visitados periódicamente por los rarámuri *pagotuame* (bautizados) pero no a diario, al menos una vez por semana, los domingos suelen ir a misa, sobre todo las mujeres, y se ha llegado a asumir culturalmente como un lugar de reunión comunitario. Dentro del templo, con semejante disposición a la mantenida en el *yúmari* (ritual propiciatorio), las mujeres se colocan al lado derecho, mirando al altar, y los hombres al izquierdo. Aunque raro, a veces se puede ver a alguna mujer rarámuri colocada en el lado izquierdo, y más difícil resulta ver a algún hombre en el lado derecho. Las mujeres suelen sentarse y acomodarse en el suelo de la iglesia junto con sus pequeños y pequeñas, y los hombres quedan de pie, recostados en la pared, o sentados en los bancos disponibles, donde algunas mujeres acostumbradas también lo hacen, pero en su lado correspondiente.

Quienes no entran en la iglesia los domingos se reúnen en el atrio de la misma para escuchar o participar en el *nawesari* (sermón) que pronuncia el *siríame* (gobernador) acabada la misa. Durante el *nawesari* las mujeres se colocan en el centro del atrio mirando al *siríame* y otros cargos, colocados éstos frecuentemente en la puerta del templo; el resto de hombres se sitúan alrededor, en la periferia rodeando a las mujeres. Terminado el discurso del *siríame* con el tradicional *matetara-ba* (gracias), las mujeres se dispersan para marcharse a sus casas o quedar sentadas en algún lugar próximo para conversar. Los hombres, por su parte, se reúnen a continuación en el mismo atrio para resolver algún problema de justicia o discutir algún acontecimiento de interés común. Los más aficionados al jue-

go acostumbran reunirse en el *taste* del quince¹⁷ para echar unas partidas y apostar algo; ocurre regularmente los sábados y domingos en Norogachi, siendo éste un espacio de convivencia entre rarámuri y mestizos.

La casa de los parientes y amigos se visita con más o menos frecuencia según el grado de afecto o afinidad, pero no a diario ni de manera sistemática, puede ser cualquier día, aunque la costumbre dicta que es preciso avisar con discreción antes de entrar, por mucha confianza que se tenga. En Rocheachi una mujer se presentó en casa de un familiar, dijo *kuira* a unos 10 m de la puerta y luego hizo notar su presencia golpeando dos piedrecitas con las manos, hasta que pasados unos 10 minutos salieron a recibirla y hacerla entrar en su interior. Este tipo de comportamientos al parecer ya se observaba hace más de tres siglos, según se desprende de las palabras de Ratkay (1683): “Cuando se envía a uno a la casa de otro tarahumara, se espera ante la choza hasta que salga el que ahí vive, y no entrará si no le invitan a pasar”.¹⁸ También lo aprecia así Basauri:

El que hace una visita nunca entra intempestivamente en la casa de su amigo o pariente, sino que se detiene a algunos pasos de distancia y allí espera sentado, dando la espalda a la casa e indiferente a que se den cuenta o no de su presencia. El visitado no se apresura a recibirlo, tranquilamente concluye su comida o termina lo que está ejecutando; después, lentamente se dirige al encuentro del recién llegado, se instala a poca distancia de él y ambos dejan pasar algunos minutos antes de iniciar la conversación. Iniciada ésta sobre temas de oportunidad, como la lluvia, el frío, etcétera, el dueño de la casa suplica a su visitante que pase al interior, lo que hacen ambos; ya adentro se trata el asunto principal que motivó la visita, sentados sobre cueros de borrego, siendo obsequiado el huésped con pinole o *tesgüino*.¹⁹

Cuando llega alguna visita, pariente o amigo, es costumbre darle hospedaje en algún cobertizo distinto al espacio cubierto donde duerme la familia. Lo vivimos personalmente y así se manifiesta en el siguiente relato rarámuri:

¹⁷ Juego de azar y habilidad practicado en pareja por los hombres, que colocados frente a frente lanzan simultáneamente un conjunto de tres tablillas numeradas, las cuales marcan la puntuación que les hará avanzar las fichas dentro del campo de juego. Gana el primero que se sale.

¹⁸ Luis González Rodríguez, *Tarahumaras. La sierra y el hombre*, 1994, p. 149.

¹⁹ Carlos Basauri, *La población indígena de México*, t. I, 1990, p. 304.

Antes, por respeto, si una persona o familia visitaba a otra rehusaba hacer noche dentro de la casa, más bien preguntaban dónde hay una cueva o madera para calentarse y dormir fuera, y la misma gente le decía dónde. Aquí en Rosánachi practican mucho eso de no quedarse en una casa. Aquí llegan y les digo: no, quédense aquí, y me dicen: no, ¿dónde hay algún pino para quedarnos debajo?, por ahí debe haber, y por la noche agarro y les traigo la cena, y sí de comer sí comen, les traigo al otro día el desayuno y luego vienen a la casa a dar las gracias y ya se van. Ahora en la actualidad hay mucha gente rarámuri que se quedan en las casas también.

En la tradición la gente grande no se queda de noche en una casa que no es suya aunque se le invite, los niños sí pueden pasar la noche dentro, pueden ser amiguitos de tus hijos. La razón de no quedar dentro de la casa es por no molestar y dejar que los propietarios vivan y hagan lo que quieran, la casa es de ellos (entrevista con J.G., 15-12-03).

Esta circunstancia, no obstante, ha cambiado en no pocos casos de familias rarámuri que admiten compartir su mismo techo con parientes o amigos que eventualmente les llegan. Cambio que es consecuencia del contacto con la sociedad mestiza que sí lo permite.

Por último, como espacio informal transitado de manera imprevista en cualquier momento, cabría citar los caminos, senderos, rancherías, monte, etcétera, por donde se pasa de manera esporádica y sin pedir permiso; son espacios que, al margen de los descritos, conforman también una parte importante del espacio vital de las personas y en los que, por ser informales (una roca en el campo, un rellano junto al río, etcétera), producen una rica interacción.

El espacio de las *tesgüinadas* que se organizan eventualmente sin fecha fija puede ser entendido como informal, aunque en función a la periodicidad que se realicen y al tener lugar en el patio de la casa de alguien puede ser entiendo también como semifijo.

Los espacios empleados para realizar largas carreras de bola o *aríweta* (caminos y senderos más o menos largos), o aquellos donde se juega al palillo o al *nakiburi* en la barranca pueden considerarse semifijos, al igual que los lugares de reunión para tal fin. Otros juegos como el cuatro,²⁰ aunque dispongan de espacios determinados, por la facilidad que supone hacer un agujero en cualquier sitio para lanzarle piedras, puede ser tanto semifijo como informal. La propia ciudad de Chihuahua se ha convertido en un espacio semi-

²⁰ Juego de puntería practicado por varones, consistente en meter piedras de unos 7 cm de diámetro con base plana, en agujeros situados a unos 10 o 12 m del lanzamiento.

fijo para no pocas personas rarámuri que se sienten obligadas a acudir a ella para pedir *kórima* (ayuda material)²¹ por navidad, o incluso residir allí durante una larga temporada cada año (de noviembre a abril), lo cual supone convertir igualmente la casa propia en la sierra en un espacio semifijo a lo largo del año por no habitarse de manera permanente.

Esta forma de caracterizar el espacio (fijo, semifijo e informal) al estilo de Hall es válida para apreciar que los rarámuri de hoy viven generalmente de manera sedentaria, con espacios fijos de referencia, aunque su costumbre seminómada, su sentido de libertad y la necesidad, hace que muchas familias cambien con cierta periodicidad su lugar de residencia, y si antes se transitaba de la sierra a la barranca para evitar el frío y la hambruna, ahora se va a la ciudad para lo mismo, así como por el gusto de variar, pasear y buscar nuevas formas de vida.

Por otro lado, en relación con el territorio encontramos términos que hacen referencia a la cabeza (*mo'ora*), a la cintura (*humirá*) y a los pies (*rara*): *Mohoca*, *Mohochi*, nos recuerda a la cabeza; *Raramuchi* a los pies; *Humirá* se repite en varios lugares. La concepción geográfica da la impresión que queda marcada por la morfología corporal; en distintas áreas encontramos denominaciones que así lo demuestran. Cabría preguntarse si la lógica del territorio antiguo se ajustaría a un solo cuerpo. No lo sabemos, lo que parece cierto es que rasgos muy significativos del esquema corporal humano se emplean para denominar determinadas comunidades y porciones de la Tarahumara, como si formaran un solo cuerpo. Kiriaque Orpinel, antropóloga residente en Guachochi aprecia lo siguiente:

Dentro del territorio de Wawachique sí está la cabeza, la cintura y los pies; el territorio es enorme, debe cubrir desde Samachique y Basíhuare. En Wawachique se llama *Mo'ora* (cabeza), *Humirá* (cintura) y *Raráwachi* (pies), y parecen que están en línea. También se da en la zona de la Barranca del Cobre, próximo al hotel de la montaña, arriba del hotel hay una ranchería que se llama *Mo'ora*, para abajo hay un lugarcito que se llama *Humirá*, y más abajo hay un lugar que se llama *Rarájpari*, carrera de bola (entrevista con K.O., 08-07-05).

²¹ Lejos de ser una limosna, desde la tradición esta práctica es entendida como la obligación moral que toda persona tiene de ofrecer ayuda desinteresada a todo aquel que la necesita, sea en forma de alimentos o enseres.

En lo que respecta al uso del tiempo, éste es casi siempre calmado, las prisas por hacer las tareas son prácticamente desconocidas, lo cual provoca un temperamento sosegado y tranquilo. Durante el tiempo de fiesta, y especialmente dentro del templo, se produce mucha espera y silencio; continuamente se espera a que se produzcan los acontecimientos; en la organización de una carrera o de una *tesgiünada*, con mucha tranquilidad, el tiempo va colocando a cada cual en el ejercicio de su papel. El *siríame* se toma su tiempo antes de pronunciar el *nawésari* ante la comunidad, mientras tanto todos aguardan sin mostrarse incómodos; al viajar de un lugar a otro se espera a veces pacientemente durante horas o todo un día a que pase algún *raid*, sin muestra de nerviosismo, se acomodan en el suelo, comen tortillas, platican, hacen chistes y entretenida la espera, “ahorita va a venir”, nos decía un hombre tras cuatro horas esperando un camión (autobús) que no pasaba; la tarea de pizarcar, desgranar el maíz recogido, o acompañar al ganado que pasta se realiza con ritmo tranquilo, sin compromisos para entregar el producto; cada actividad lleva su tiempo y dura lo que tenga que durar sin que suponga poner en tensión a su ejecutante. La vida en la Tarahumara para los rarámuri entraña mucha contemplación: los espacios contundentes por su grandiosidad, tanto en la sierra como en la barranca, la nitidez de los cielos, durante el día o por la noche, invitan permanentemente a la reflexión; las situaciones hay que sentirlas y pensarlas para disfrutar de ellas y así lo hacen.

Las “distancias interactivas” ordinariamente no son muy próximas en la vida cotidiana, la distancia personal o conversacional suele ser de algo más de un metro de separación, aunque lo más significativo de las conversaciones es hablar con otra persona sin mirarle a la cara. Dos o tres personas que conversan pueden estar cada una mirando al monte en sentidos opuestos, de espaldas entre sí y de ese modo durar largo rato; es más, mirar la cara de la persona a la que se habla o ser mirado por el que escucha es de mal gusto, cohíbe, lo normal es que los interlocutores se coloquen de perfil o de espaldas entre sí y cada uno mire para un lado; excepto en los *tesgiüinos* que, por el espacio reducido donde se encuentran y el estado de embriaguez, reducen distancias y entrecruzan miradas. Tomás de Guadalajara y José Tardá (1675) ya hacían referencia a los mutuos cuidados mantenidos durante la interacción, interpretándolo con base en el temor que los rarámuri se tienen entre sí:

Así como no consienten otra nación, de la misma manera no consiente un particular que otro le riña ni corrija, y es tanto el miedo que se tienen unos a otros, que jamás se oye pleito o riña entre ellos. Y el hablar con voz alta es grande delito para ellos [...] Y esto de no hablar alto lo observan los caciques y demás principales [...] y el otro sale de allí comienzan a hablar, vueltas las espaldas el uno al otro [...] se miran y hablan, y luego suelen volverse otra vez de espaldas [...] para hablar [...] en voz baja que muestre grande sumisión el que habla, aunque sea gobernador [...] Malas palabras y ofensas de hurtos, como de pependencias o riñas entre sí, no las tienen [...].²²

En las visitas a casas de familiares o amigos, más significativo que conversar lo es el hecho de estar allí compartiendo el tiempo y el espacio; resulta normal presenciar la llegada de alguien y tras ofrecerle pinole, café o tortillas, permanecer en silencio un largo rato. El esquema general para iniciar las conversaciones suele ser bastante semejante: en primer lugar se habla del tiempo, del frío, del calor, de la humedad, de lo que está relacionado con lo más necesario para la vida, la tierra y el clima; en segundo lugar se pasa a hablar del *tesgüino*, ¿es que no hay *tesgüino* por aquí? ¿cuándo va a haber?; resulta imprescindible saber cuándo se va a producir un acto social. Pasada esa fase de conversación sosegada y tranquila, es normal que haya largos momentos de silencio, porque la persona vino de visita y a hablar para pasar el rato no para tratar asuntos. En caso de haber *tesgüino*, las circunstancias cambian y, si bien al principio predomina la seriedad y la poca conversación, a medida que pasa el tiempo y aumenta la embriaguez se vuelven muy locuaces, cada vez se habla más y de todo lo que se desee, de los temas triviales se pasa a las bromas sexuales, a los dobles sentidos, a los problemas de la comunidad, del rancho, pleitos familiares, todo tiene cabida, siendo éste un ejercicio catártico en donde se liberan sentimientos y afloran amores y desamores.

Los reguladores conversacionales se encuentran en la propia conversación, a la persona que está en uso de la palabra se la escucha sin interrupción hasta que diga todo lo que desee, y a partir de ahí cambia el turno. Resulta difícil escuchar a dos rarámuri hablar al mismo tiempo en la misma tertulia pisándose la palabra, es de mal gusto, y si ocurre es fruto de haber convivido durante un tiempo prolongado en la sociedad mestiza. Tampoco es normal contradecir el discurso que transmite una persona en una conversación

²² Luis González Rodríguez, *op. cit.*, p. 134-135.

distendida y amistosa, poniéndola públicamente en evidencia, hacerlo probaría una vez más la influencia exterior. Al entenderse que cada cual es libre y responsable de sus palabras, la disconformidad ante un determinado mensaje se responde más bien con el silencio o la indiferencia, siempre y cuando no se trate de un juicio o de un asunto en donde se trate de resolver un problema, en estos casos las versiones contrapuestas sí se hacen notar.

El “silencio” durante la interacción también tiene su mensaje. No vale aplicar aquí el principio de “quien calla otorga”, más bien ocurre al contrario, no decir nada tras escuchar un relato político suele ser señal de estar en desacuerdo. Antes de un *nawésari* (discurso público del gobernador) aparecen grandes momentos de silencio, de espera, en los que la gente mira, piensa, se acomoda, siente a los demás, sin encontrarse molesta porque no haya palabras que llenen el vacío. El silencio, lejos de ser falta de comunicación, dice mucho de la gente y de su entorno, en silencio y en actitud contemplativa se pasan largas veladas nocturnas todos juntos, en una especie de complicidad que acentúa los vínculos.

En las expresiones orales rarámuri se enfatizan las ideas repitiéndolas insistentemente una y otra vez a lo largo del discurso para que se retengan en la memoria y no se olviden, ocurre sobre todo en los *nawésaris*, donde las ideas de no causar problemas, no pelear en la *tesgiinada*, no perder la cabeza con el trago, se repiten hasta la saciedad. Es un hecho normal en las sociedades de tradición oral, que aún conociendo la escritura no la utilizan como medio habitual de comunicación, de transmisión-adquisición de conocimientos.

Las muestras de afecto, las emociones, la alegría y el enfado se expresan no sólo en el contenido del mensaje hablado sino en cómo se dicen las cosas; cada cual tiene su peculiar manera de hablar, dependiendo de qué asunto se trate y en qué circunstancia se esté (en público o en privado), unas personas (hombres y mujeres) hablan con sosiego y otras de manera más enérgica y acalorada. El *si-ríame* debe reunir cualidades de buen orador, no sólo ha de transmitir buenos pensamientos sino que debe hacerlo de manera atractiva y convincente. En líneas generales, no obstante, la expresión vocal rarámuri la caracterizaríamos por tener un volumen suave, tono agudo más que grave, timbre resonante, velocidad rápida, inflexión monótona, ritmo regular y elocución ligada.

En lo que respecta a la percepción del espacio y de los acontecimientos a través de “los sentidos”, y señalando sólo aquí los que apreciamos más desarrollados, es muy notable el del oído; en la sierra son muy sensibles a los pequeños ruidos conocidos o desconocidos que son indicio de algo: pájaros, insectos, etcétera. De igual modo poseen un elevado desarrollo de la vista; desde muy lejos alcanzan a distinguir movimientos que no es el ordinario del viento, o conocer a las personas desde largas distancias por cómo se mueven. Para encontrar los animales en el monte, si llevan campanillas se guían por el oído, si no por las huellas, o porque desde muy lejos los alcanzan a ver y distinguir. No son comunes los problemas de miopía en los mayores, aunque se dan algunos casos, lo que sí aparece con frecuencia son las cataratas en gente mayor, e incluso la ceguera total, no congénita, por distintas causas, bien accidentales (herida del ojo por la astilla que lo golpeó al usar el hacha) o por enfermedad.

Resulta sobresaliente la habilidad que muchos poseen para el seguimiento de huellas animales o humanas, en ellas se sabe leer por ejemplo si se trata de un hombre o una mujer, su peso y porte, si va cargada o no, el momento en que pasó, etcétera.

Aunque no constituya uno de los sentidos clásicos, como forma de percepción de la realidad, algunos mestizos destacan mucho la intuición rarámuri para predecir los acontecimientos venideros, no sólo relativos a la meteorología, sino también a situaciones tales como el sexo de las criaturas antes de nacer, o la previsible visita de alguien; intuición de difícil explicación racional que, por el elevado porcentaje de acierto que se le atribuye, hay que considerarla, no tanto fruto de la casualidad sino como otra forma más de conocimiento, desarrollada más bien por la adaptación e integración con el entorno.

Factores comunicativos corporales

Para el “saludo” entre iguales cualquier posición es correcta: sentado, de pie, en cuclillas, recostado; de ese modo estiran el brazo mutuamente aproximándolos entre sí y se dan la mano con un ligero roce de dedos, y a veces también de palmas, sin llegar a estrecharlas. Un apretón de manos excesivo es más bien entendido como una agresión, una invitación a la lucha y está lejos de ser una prueba de

afecto. Alguno decía que dar la mano con suavidad es bueno para sentir a las personas, si se aprieta se corta la comunicación. En los actos solemnes donde sea preciso el saludo, como son las despedidas de fiesta, o la entrada en un *yúmari*, se emplea la fórmula de tocarse mutuamente el hombro izquierdo con la mano derecha y seguidamente sujetar y levantar la mano, girándola arriba, al tiempo que se expresan verbalmente buenos deseos, siempre en posición de pie en muestra de respeto: “bueno, ya nos tocó estar aquí, veremos el próximo año”, se oye decir. Basauri ofrece la siguiente descripción del saludo:

[...] cuando se encuentran dos personas, hacen una leve reverencia y simultáneamente se tocan con la punta de los dedos, teniendo extendida la mano, la cara interna del codo; en seguida deslizan hacia atrás la mano, sin rozar el antebrazo, y se tocan mutuamente la palma de la mano con la extremidad de los dedos, sin hacer presión. Este saludo es general para todos, sin distinción de sexos, edades o jerarquías. Al encontrarse dicen: *escuíraba*, y al despedirse: *adiosibá*. Una y otra palabras son de origen español y corrupciones de las frases: Dios te cuide y adiós.²³

En los *yúmaris* se participa descubierto de sombrero, sólo con collera (banda de tela sujeta el pelo), y al escuchar el *nawerari* del *siríame* o del *owirúame* (curandero) todos los hombres se quitan también el sombrero, como seña de deferencia. Para saludar a una persona anciana o a una autoridad hay que ponerse de pie si se está sentado, lo que no ocurre con un igual. Arrodillarse se observa desde la tradición como una postura poco digna, tan sólo justificada cuando se va a tomar la medicina preparada por el *owirúame* a fin de colocarse más bajo que él y recibirla con comodidad, pero no es asumido hacerlo en misa como seña de respeto o de arrepentimiento. Ante *Onorúame* (dios rarámuri que es Padre y Madre a la vez) hay que presentarse dignamente de pie y sin complejos. El saludo a distancia de hombres es levantando el brazo y abriendo la mano mostrando la palma adelante en seña de paz.

Al margen del saludo de mano, el tacto es muy poco usado de ordinario en la interacción, ni los niños ni los mayores se tocan con frecuencia, una aproximación excesiva resulta chocante, incómoda y crea desconfianza, sólo se entendería en estado de embriaguez, en el *tesgüino*, donde se transgrede los convencionalismos sociales y

²³ Carlos Basauri, *op. cit.*, t. I, p. 304.

casi todo vale; en ese ámbito, las muestras de confraternización y las de conflicto se expresan a través del contacto: un hombre abraza a otro en señal de afecto, se echan el brazo mutuamente por el hombro, juntan sus cabezas al hablar; y también un hombre agarra a otro por el brazo bruscamente para sacarlo fuera de un recinto para pelear, otros comienzan a darse golpes con los puños en distintas partes del cuerpo, las mujeres o los hombres se agarran de los cabellos y forcejean; las variedades de contacto para mostrar el afecto o el enfado sobre alguien son muy numerosas cuando se está ebrio o ebria.

Los niños rehuían a veces las caricias o toques amistosos que les hacía en la cabeza, hombro o brazo, no tanto por ser extranjero sino por el extrañamiento que les causaba al no ser algo habitual. Ni entre hombres ni entre mujeres, ni entre hombres y mujeres se hacen caricias o se tocan con las manos en público, tampoco acostumbra hacerlo los niños, aunque por la dinámica de sus juegos a veces se vean abocados a ello. De esta manera de ser, poco dada al contacto físico en la interacción cotidiana, hay que exceptuar la actitud que mantiene la madre con su bebé, el cual pasa muchas horas unido a ella, ya sea cargado a la espalda, en sus brazos o su regazo; aunque no se les hagan cariños, los bebés pasan continuamente de la espalda al pecho de la madre, y ya sea por detrás o por delante siempre permanecen en contacto.

De acuerdo con la clasificación de Heslin²⁴ sobre los tipos de tacto entre los seres humanos, el denominado “social y afectivo” es el más empleado, aunque cabría hacer dos mapas corporales para tocar y ser tocado: uno en tiempo de *tesgiino* y otro en la cotidianidad; a diario veríamos en él cómo la mano derecha, y en menor medida el hombro del mismo lado, serían las zonas implicadas de manera casi exclusiva; mientras el referido a la *tesgiinada* implicaría buena parte del cuerpo, sobre todo de cintura para arriba: manos, brazos, hombros, espalda, pecho, cadera, cabeza, como zonas más tocadas no sólo por las manos sino por otras partes, debido al roce y estrecho contacto que se produce al estar ebrios. De otro modo, el tacto denominado “sexual y amoroso” entra dentro del ámbito privado y por tanto no se encuentra a la vista del público, aunque también en las *tesgiinadas* se den situaciones de flirteo al desatarse el apetito sexual y los deseos amorosos de algunos, en tal

²⁴ Mark L. Knapp, *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, 1982, pp. 219-220.

sentido observamos mayor iniciativa en los hombres que en las mujeres; éstos pueden sobar, sujetar o dar toques en las piernas, glúteos, cadera, espalda, pecho, cuello o cabeza de las mujeres a las que éstas pueden responder con resistencia o con agrado, sin llegar a mayores.²⁵ En lo que respecta al tacto denominado “funcional-profesional”, desde el punto de vista de la interacción entre personas cabría destacar tan sólo al producido por el *owirúame* o el *sipáame* (especialista en la raspa del *jícure* o peyote) en el ejercicio de su función curativa, los masajes corporales que eventualmente se le practica a un corredor o corredora, antes o durante la carrera de bola o de *ariweta*, así como las sobas o imposiciones de manos que se aplican como remedio para curar ciertas enfermedades en las que están especializados algunos curanderos. Al margen de tales situaciones interactivas, el tacto funcional-profesional habría que verlo en relación con los distintos objetos y situaciones que forman parte de su cultura material: manejo del hacha, desgranar maíz, moler con metate, hacer tortillas, etcétera.

En las conversaciones se gesticula poco o nada con las manos, cuando se platica normalmente no se mueve nada, aunque hay “expresiones faciales” muy significativas, como son el parpadeo fuerte de la mujer cuando no se siente a gusto, o algo que le dijeron no le agradó; así como el señalar objetos o direcciones no con los dedos sino con los labios, que se aprietan, sobresalen y orientan en uno u otro sentido. También resulta significativa la forma habitual de reprochar que un padre o una madre tiene para con su hijo o hija cuando éste o ésta hizo algo indebido, reproche no basado en las palabras sino en la momentánea indiferencia, silencio y seriedad del rostro. Aunque hay quienes también regañan de palabra, lo más normal es que el regaño sea gestual, el padre puede quedar dentro de la casa sin mirar al hijo, y sin decir nada, con la mirada perdida a través de la ventana y el rostro serio, mostrando de ese modo su enojo que el hijo sabrá captar y aprenderá la lección para que no se repita.

Hombres y mujeres muestran de ordinario un rostro sereno que reflejan un estado de ánimo igualmente tranquilo y alerta. La poca

²⁵ En tales situaciones el beso está totalmente ausente, al no formar parte de la costumbre. Jamás tuvimos ocasión de ver un beso entre rarámuri, bien fuera de amistad o amoroso, ni entre hombre y mujer, ni entre padres e hijos; no obstante, Lumholtz, *op. cit.*, p. 261, señala que “los padres besan a sus hijos en la boca y en el estómago, y los pequeños se manifiestan su afecto de la misma manera”.

expresividad de muchos rostros hace difícil al extranjero saber qué piensan o qué sienten, y en no pocos casos provoca desconcierto. El hecho de controlar sus emociones y no dejarlas salir abiertamente, creando una barrera de difícil penetración que no delate lo que uno pueda pensar o sentir en un momento, no deja de ser una ventaja para ellos en la interacción con personas ajenas a su cultura, sobre todo con aquellas que traten de obtener algún tipo de beneficio en una negociación. Esa inexpresividad del rostro la observó ya Lumholtz al decir que: “no manifiestan de un modo muy perceptible la emoción en su cara. Es preciso verles los ojos para hallar la expresión de lo que pasa interiormente, pues su rostro carece de movimiento y no revelan sus sensaciones con impulsos involuntarios. [...] Su risa nunca es tan inmoderada que les haga llorar los ojos. Únicamente los tarahumares civilizados mueven verticalmente la cabeza para afirmar y lateralmente para negar”.²⁶

No obstante, con todas estas reservas resulta también frecuente la sonrisa en las conversaciones con personas conocidas y, más aún, la risa en las *tesgüinadas*, donde se ejerce de manera colectiva. No fueron pocas las situaciones que vivimos, siempre tomando *tesgüino*, en donde el grupo de personas reunidas, generalmente hombres, contaban alternativamente historias, comentaban alguna situación o se las inventaban, hacían chistes y ponían a prueba su ingenio con la intención de hacer reír a los demás y a uno con ellos, reír a carcajadas cada 15 o 20 segundos tras cada intervención y así durante más de una hora. Reír de manera deliberada, conversar para reír, reír casi por nada o, mejor dicho, por el único objetivo de reír, nos hace entender que la risa provoca alegría de la misma manera que la alegría provoca risa y en definitiva bienestar.

El llanto, por otra parte, tiene su lugar en los momentos de mucha tristeza o frustración; aparece generalmente en los *nutemas* o fiestas fúnebres al recordar a un ser querido, ausente ya para siempre, y de manera eventual en alguna *tesgüinada* porque una mujer haya visto que su marido ha recibido una severa paliza o, como pudimos observar, porque el marido le prohíbe que baile matachín. En la vida diaria no es normal ver llorar a personas adultas por mal que la estén pasando, aunque sí a los niños pequeños que aún no saben hablar, como manera de protestar ante el frío nocturno, el hambre o la incomodidad.

²⁶ *Ibidem*, p. 236.

Por lo demás, y aunque la gesticulación con el rostro sea mínima en la interacción, hay quienes las exageran algo más por la intensidad de la situación, por la desinhibición del momento, o por las influencias recibidas del exterior, y en tal sentido las formas de manifestar las expresiones faciales primarias no se diferencian de manera significativa de las empleadas por otras sociedades, entre ellas las occidentales. Así pues, para expresar sorpresa se abre mucho las órbitas de los ojos y se arruga la frente al subir las cejas; con el miedo, se contrae y tensa todo el rostro; el disgusto hace a veces que se aprieten los dientes y arrugue el párpado inferior; con la cólera, se llega a fruncir el entrecejo; la felicidad dibuja una sonrisa en la boca expandiendo el rostro, y con la tristeza, la boca se cierra y la expresión languidece, todo ello acompañado de unas maneras de mirar que hablan por sí mismas.²⁷

La "mirada" por su parte es un rasgo característico de comunicación que, junto con el rostro, expresa también el estado de ánimo, las emociones de las personas y su intencionalidad. Entre los rarámuri, en consonancia con la expresión facial, la mirada permanece igualmente serena. En general, y como impresión personal, es notable destacar que la mirada rarámuri resulta confiada y despierta confianza, no observamos en ella indicios que hagan pensar en malas intenciones o segundas intenciones, suele ser directa y sincera, lo cual es gratificante, aunque muchas veces desconcierte porque no se sabe lo que la persona pueda estar pensando. Por lo común, denota un alto grado de inocencia y falta de malicia. En soledad las miradas suelen ser pensativas, reflexivas, abstraídas, perdidas en el horizonte lejano, en el suelo o en el fuego. En compañía las miradas son generalmente cordiales o afectuosas en el normal trato con los demás, a excepción de los momentos de conflicto o pelea causados por la embriaguez, donde los litigantes se pueden dirigir mutuamente miradas duras y castigadoras. También podemos encontrar miradas recelosas, desconfiadas hacia un extranjero, entre mujeres y hombres, niños y mayores, sobre todo si están habituados a pasar temporadas en la ciudad; en el entorno serrano, sin embargo, los habitantes de las rancherías más alejadas del mundo mestizo, a poco que conozcan al visitante comparten con él esa mi-

²⁷ Aparte de esas expresiones puras, como en cualquier lugar aparecen mezclas faciales entre expresiones compatibles como la sorpresa y la felicidad, la tristeza y el miedo, el disgusto y la cólera, etcétera.

rada abierta y confiada que les caracteriza y que evoca una voluntad infinita por aprender, lo mirarán de arriba abajo y de abajo a arriba, los vellos de los brazos, su vestuario, el bolso, no dejarán nada sin ver.

Como ya comentamos, resulta muy singular el hecho de no dirigirse la mirada durante la interacción en una conversación normal, por lo que la mirada recíproca se da con muy poca frecuencia entre aquellos cuyo comportamiento se encuentra más próximo a la costumbre. Es la mirada fija la que predomina, orientada al horizonte o hacia algún objeto, y resulta fugaz cuando se orienta hacia el interlocutor. Esta circunstancia es muy habitual, sin embargo, no podemos hacerla norma en estos momentos ya que por la influencia recibida es también normal participar en tertulias colectivas y conversaciones de pareja donde los interlocutores mantienen a ratos la mirada fija y recíproca entre sí.

Es una mirada fija la que ponen las mujeres y los hombres que asisten a un *nawésari* en el *siríame* que lo transmite, mientras éste dirige la suya, al frente, traspasando la de todos sin que se oriente a nadie en particular. Fija es la mirada que el *siríame* y demás asistentes a un juicio dirigen al acusado colocado en el centro de la escena, mientras éste no se atreve a levantarla del suelo, mostrando así su sumisión y arrepentimiento. Y fija es la mirada del bebé sobre su madre, a quien no pierde de vista, consciente de su dependencia y de lo importante que es ese ser para proporcionarle bienestar.

Los *owiruames*, y sobre todo los *sipúames*, poseen un tipo de mirada distinta al resto, persuasiva, enigmática y sabia, en unos casos más acusadas que en otros, mirada profunda que parece traspasar al interlocutor y hace pensar a quienes participan de su cultura, a los propios rarámuri, que está viendo más allá del mundo conocido por todos, que es capaz de penetrar en una dimensión a la que el resto no puede entrar. Su mirada reflejará durante la práctica ritual de un modo muy elocuente el acceso a esa realidad oculta, lo cual resulta básico para procurar eficacia a su acción simbólica.

Reflexiones finales

Con el recorrido realizado por una parte muy significativa de la corporeidad rarámuri —por razón de espacio no se han tratado aquí técnicas corporales como el parto, los primeros pasos, los cui-

dados del cuerpo, el aseo y la protección corporal, las danzas, los juegos y deportes, que resultan todas ellas igualmente significativas para el estudio de la corporeidad— podemos comprobar que estamos tratando un sistema formado por algo mucho más complejo que carne y hueso. Un sistema que observado con detenimiento y oficio puede ser tan fructífero para la comprensión de la cultura como el mismo análisis lingüístico. Tener, y al mismo tiempo ser cuerpo, hace que éste sea testigo inevitable de la biografía personal, de las luces y sombras que tiene la propia historia, responsable de los mecanismos que se generan para acondicionar el mundo exterior, con el fin de satisfacer los anhelos, deseos, necesidades, ansias de estimulación de uno mismo.

En el caso rarámuri, hemos aprendido que aun con las constantes observadas, los usos del cuerpo nos dibujan un perfil de población diverso, formas distintas de ser y de estar que reflejan posiciones sociales y familiares distintas, desempeños de papeles diferentes, grados de influencia exterior desiguales, todo lo cual nos lleva a una visión heterogénea de su gente. La corporeidad y motricidad rarámuri posee sin duda rasgos distintivos que los hace diferentes a los *chabochis* (hombres blancos y barbados), mestizos y otros pueblos, pero hay matices corporales por los que se diferencian ellos mismos entre sí.

Realizar por tanto un diagnóstico etnomotriz de un grupo humano exige no sólo observar las características singulares que los distingua como tal, aquellas que conforman una identidad colectiva y marcan la diferencia con respecto al otro, sino también atender al grado de diversidad interna que se produce, y que, entre otras cosas, señalan la libertad de acción y voluntad de las personas. De acuerdo con un análisis intracultural de la corporeidad rarámuri, podemos apreciar que no todos se ajustan al mismo esquema, que no son igualitos.

La sociedad rarámuri no constituye un sistema del todo coherente, exento de contradicciones, no apreciamos una visión del mundo, de la existencia, que sea colectivamente homogénea, la enorme cantidad de particularidades pone de manifiesto la heterogeneidad, la diversidad en sus respuestas culturales en su manera de ser y estar en el mundo; aunque todo ello dentro de un esquema común que los vincula como pueblo y les da un sentido de identidad altamente arraigado, todo ello se aprecia en lo corporal. En el cuerpo se percibe las huellas del proceso de cambio cultural, las consecuen-

cias del choque o contactos con otras culturas. En tal sentido es de destacar la resistencia que históricamente han mantenido al cambio en muchos aspectos, y las transformaciones que han experimentado aquellos elementos adoptados de fuera a los que se le han dado un espacio en la propia cultura, siendo revitalizados con sentido práctico. De acuerdo con el modelo presentado por Bonfil Batalla, al conjugar la procedencia de los elementos culturales con los ámbitos de control o decisión, en la sociedad rarámuri que reside en la Tarahumara abunda la “cultura autóctona” y la “cultura apropiada” en mayor medida que la “cultura enajenada” y la “cultura impuesta”, como consecuencia de no haber perdido su capacidad para tomar decisiones propias.²⁸

La nota predominante en la corporeidad rarámuri es la “heterogeneidad de comportamientos” que se presentan en el interior del grupo étnico, heterogeneidad que refleja un modo de vida independiente en donde la libertad de acción es su principal atributo. El tipo de asentamiento y distribución demográfica rarámuri es disperso no sólo por exigencia de la orografía y de la escasa productividad económica del suelo, sino por elección propia para estar menos condicionado por el vecino. Los rarámuri viven en ranchos familiares separados unos de otros a una distancia considerable, o en pequeñas rancherías (reunión de varios ranchos) por exigencia del relieve, por la escasa calidad de la tierra de cultivo, pero también por decisión propia para así aumentar su libertad de movimientos sin molestar ni ser molestado en lo cotidiano. Acusado sentido de libertad, por tanto, que se ve contrapesado por momentos de extrema sociabilidad que rompen con el aislamiento rutinario para compartir experiencia y estrechar lazos. Todo ello genera *hábitus* cargados de matices en la comparación intercomunitaria e interfamiliar, lógicas de comportamientos marcadas por el sello personal de quien lo ejecuta.

Es interesante calibrar la importancia que posee la corporeidad en la formación de la persona, y por extensión en la identidad de un grupo humano. En el caso rarámuri hemos observado que a los be-

²⁸ Guillermo Bonfil Batalla *et al.*, *Culturas populares y política cultural*, 1995, p. 18. Ámbitos de la cultura total al relacionar control y elementos culturales:

		<i>Decisiones</i>	
<i>Elementos culturales</i>		<i>Propios</i>	<i>Ajenos</i>
<i>Propios</i>		Cultura autónoma	Cultura enajenada
<i>Ajenos</i>		Cultura apropiada	Cultura impuesta.

bés se les transporta de una determinada forma, que adoptan un modo espontáneo y singular de descansar, de estar de pie sencillamente parados, ya que ser rarámuri, incluso en un sistema tan desintegrador como la ciudad, en el mundo global, implica actuar como tal, usar el cuerpo como rarámuri (con toda su heterogeneidad), con el sentido práctico o simbólico que posea en función del caso. Pues ¿qué queda del rarámuri que no sepa caminar por la sierra?, ¿que haya dejado de gustarle el *tesgiino*?, ¿que, persuadido por otros modos, haya dejado de usar su cuerpo como rarámuri?

Si, como decía Durkheim,²⁹ la persona es todo aquello que hay de social en un ser humano, podemos decir, llegado a este extremo, que la persona rarámuri se construye de acuerdo con un sistema de categorías o atributos en relación con el cuerpo, el alma, la filiación y la práctica cultural, que se contempla en oposición al no rarámuri. A partir de aquí, la construcción del género dentro del propio grupo supone, sin embargo, atribuir un conjunto de papeles a cada parte a lo largo de las diferentes etapas del ciclo vital en donde la aparente oposición resulta en la práctica complementaria.

A través de las distintas facetas de la corporeidad rarámuri hemos tenido ocasión de comprobar una serie de rasgos distintivos que marcan la diferencia entre ser hombre o ser mujer, diferencias que sólo se pueden explicar dentro del contexto histórico, ambiental y socio-cultural que los envuelve y les da razón de ser.

Pero el desempeño corporal de hombres y mujeres rarámuri lo encontramos también en la actualidad mezclado, fruto de la influencia misionera en unos casos, o por influencia mestiza en otros. Igualmente encontramos papeles corporales compartidos eventualmente en el desempeño de labores domésticas y económicas, como consecuencia de una formación personal que exige saber hacer de todo para subsistir satisfactoriamente en caso de encontrarse sin pareja por motivos de viaje, separación o muerte.

La corporeidad rarámuri nos informa por tanto de su manera de actuar y de entender el mundo; su cultura queda reflejada y generada al mismo tiempo en la propia piel de las personas, ya que para cada sociedad el cuerpo constituye, además de un hecho biológico, un importante vehículo para el estudio de la etnicidad y del género, por ser un territorio cargado de representaciones en las que permanentemente se construyen y deconstruyen imágenes cultura-

²⁹ Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, 1982, p. 283.

les, en las que se deja notar el espacio y el tiempo, y en las que se proyectan señas de identidad y de alteridad.

Bibliografía

- Basauri, Carlos, *La población indígena de México*, t. 1, México, INI/Conaculta, 1990.
- Bennett, Wendell C. y Zingg, Robert M., *Los tarahumaras, una tribu india del norte de México*, México, INI, 1978.
- Birdwhistell, Ray, *Introduction to Kinesics*, Louisville, University of Louisville Press, 1952.
- Bonfil Batalla, Guillermo *et al.*, *Culturas populares y política cultural*, México, Conaculta, 1995.
- Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.
- Deimel, Claus, *Les indiens Tarahumaras au présent et au passé*, París, Editions Féderop, 1981.
- Durkheim, Emile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, 1982.
- Giddens, Anthony, "Agency, Institution and Time-Space Analysis", en K. Knorr y A.V. Cicourel (eds.), *Advances in Social Theory and Methodology. Toward an Integration of Micro and Macro-sociologies*, Boston, Routledge and Kegan Paul, 1981.
- González Rodríguez, Luis, *Tarahumaras. La sierra y el hombre*, Chihuahua, Camino, 1982.
- Hall, Edward T., *La dimensión oculta*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- Kennedy, John G., *Inapuchi. Una comunidad tarahumara gentil*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1970.
- Knapp, Mark L., *La comunicación no verbal. El cuerpo y el entorno*, Barcelona, Paidós, 1982.
- Lumholtz, Carl, *El México desconocido*, Chihuahua, Ayuntamiento de Chihuahua, 1994[1902].
- Mauss, Marcel, "Técnicas y movimientos corporales", en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos, 1979.
- Merleau-Ponty, Maurice, *Signos*, Barcelona, Seix Barral, 1966.
- Merrill, William, *Almas rarámuris*, México, INI-Conaculta, 1992.
- Ocampo, Manuel, *Historia de la Misión Tarahumara (1900-1965)*, México, JUS, 1966.
- Parlebas, Pierre, *Juegos, deporte y sociedad. Léxico de praxiología motriz*, Barcelona, Paidotribo, 2001.